

Umberto Eco, maestro y creador humanista

El pasado febrero una multitud daba su adiós definitivo a Umberto Eco en un funeral laico, sobrio, con la música barroca que adoraba, emotivos discursos y poemas, y las lágrimas silenciosas de muchos de los presentes. El atrio de la Rocchetta del Castillo Sforzesco que Eco podía ver en vida desde su ventana, en esa ciudad de Milán a la que había elegido como suya, resultaba insuficiente para acoger a quienes querían rendir un último homenaje al gran humanista. Junto a familiares, conocidos y personalidades, políticos, profesores y alumnos, no faltó el italiano común, orgulloso de *il nostro saggio*. Cuando se conoció su fallecimiento, con 84 años de vida intensa, los medios de comunicación se prodigaron en merecidos elogios como “gran humanista y erudito”, “sabio pensador y comunicólogo”, “enciclopedia viva”, “gigante de la cultura”, “uno de los intelectuales más relevantes de Europa en la segunda mitad del siglo xx”. Incluso las redes sociales, olvidando las críticas que les dedicó en varias ocasiones, multiplicaron sus mensajes. Ante tan amplia repercusión, cabe preguntarse si quienes se han sumado al recuerdo son efectivamente sus lectores, o solo los inspirados en la versión cinematográfica de *El nombre de la rosa*. Por las extraordinarias dimensiones de su legado no es posible ser un lector de su obra íntegra —hay que reconocerlo con modestia—; pero su evocación es obligada en tiempos convulsos como el nuestro, porque supo ofrecernos claves interpretativas para conjurar el peligro de formar parte tanto de *apocalípticos* como de *integrados*.

Cátedra y creación en diálogo constante

En 1980, estudiantes y profesores que contaban ya con sus estudios clásicos de Semiótica, Estética y Teoría literaria como *Obra abierta* (1962), *Diario íntimo* (1963), *La estructura ausente* (1968), *La forma y el contenido* (1971), *Tratado de semiótica general* (1975), *Introducción al estructuralismo* (1976), *Signo* (1976), *La definición del arte* (1976), *Lector in fabula* (1979) entre otros, se vieron sorprendidos con la aparición de su primera obra de creación, *El nombre de la rosa*, que recibió el aplauso unánime de la crítica especializada como una de las mejores novelas contemporáneas. Más de cincuenta millones de ejemplares vendidos y medio centenar de traducciones confirman la dimensión internacional y popular del éxito que se inició con la película protagonizada por Sean Connery en 1986; pero una lectura profunda del texto, combinación magistral de novela histórica y detectivesca, revela al maestro de esas mismas disciplinas académicas.

Fundador de la teoría semiótica general que inicialmente definió como "estudio de todos los procesos culturales (es decir, aquellos en los que entran en juego agentes humanos que se ponen en contacto sirviéndose de convenciones sociales) como procesos de comunicación", buscó el diálogo permanente, multidimensional y dinámico con propuestas desarrolladas por otros investigadores de pragmática, lingüística, filosofía del lenguaje, poéticas contemporáneas, y evolucionó profundizando en el trasfondo cognitivo de los procesos interpretativos del texto narrativo. En la primera tanto como en las restantes novelas, se han señalado ecos de su análisis de un ingente material de cultura de masas, de narrativas populares, con tramas policíacas que apasionan tanto al lector ingenuo como al "lector modelo". Este, de acuerdo con lo aportado en *Lector in fabula*, sabrá interpretar el texto como obra abierta: "Un texto, tal como aparece en su superficie (o manifestación) lingüística, representa una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar [...] a través de una compleja serie de movimientos cooperativos". Cuando Adso, pupilo de fray Guglielmo de Baskavilla, inicia su relato "en la celda del querido monasterio de Melk, donde aún me retiene mi cuerpo pesado y enfermo", Eco nos transporta, en secciones que corresponden a las horas monásticas, al siglo XIV a través de

un prodigioso mundo de referencia de alegorías, manuscritos, herejías, creencias apocalípticas, con un saber enciclopédico de la historia de la Iglesia y una erudición que exigen ciertamente interpretación colaborativa. Su conocimiento de la cultura medieval contó con el precedente de sus estudios sobre la cuestión estética en la obra de santo Tomás de Aquino, en la tesis doctoral defendida en 1954, y a la que atribuyó su desistimiento religioso.

El profesor que inicialmente dudó en incursionar en la creación y se vio sorprendido por su éxito, desplegó a lo largo de su vida una actividad académica ingente en las universidades de Turín, Florencia, Milán, Bolonia; y como profesor visitante, en las de New York, Northwestern, Columbia, Oxford, Harvard, Toronto, São Paulo, Buenos Aires, el Colegio de Francia, etc. Creó la Asociación Internacional de Semiótica, la revista *Versus* de estudios semióticos y la Escuela Superior de Estudios Culturales; publicó obras para facilitar el estudio a sus discípulos, como el muy exitoso *Como se hace una tesis* (1977); y continuó su labor ensayística con *Semiótica y filosofía del lenguaje* (1984), *Los límites de la interpretación* (1990), *Seis paseos por los bosques narrativos* (1990), *La búsqueda de la lengua perfecta* (1994), etc.

Esta actividad académica no limitó la creatividad narrativa. Por el contrario, las novelas posteriores confirmaron la poética de construcción/deconstrucción y saber enciclopédico de motivos y tramas. En *El péndulo de Foucault* (1988) muestra, en 120 capítulos agrupados en diez *sefirot* de la cábala hebrea, los peligros del esoterismo, de tramas conspiratorias sobre los templarios, que dejan de ser lúdicas para convertirse en dramáticas. *La isla del día de antes* (1994) plantea la fragilidad del tiempo en el relato retrospectivo de un naufrago del siglo XVII en los Mares del Sur, con referencias a la red europea de espionaje, la Guerra de los Treinta Años, y el misterio del secreto del Punto Fijo del Mundo. *Baudolino* (2000) nos retrotrae a la época de Federico I Barbarroja, la Tercera Cruzada, a una narración evocadora de la picaresca en las andanzas del protagonista del siglo XII, sus mentiras y falsificaciones. *La misteriosa llama de la Reina Loana* (2004) gira en torno a los límites de la memoria en la historia personal del protagonista, Bodoni, que tras un accidente la pierde e intenta reconstruir su pasado a través de los objetos y de lecturas. La dualidad realidad-

ficción está presente en *El cementerio de Praga* (2010), novela de espionaje, el trasfondo histórico de la segunda mitad del XIX con Garibaldi, las logias masónicas, las peripecias de los judíos, los progromos, en torno a Simonini, personaje nada ejemplar, y la supuesta autoría —de estilo borgiano— de los controvertidos Protocolos de los Sabios de Sión. La riqueza de referencias culturales y literarias es tal en todas sus novelas, que muchas librerías italianas ofrecen en sus escaparates, con cada nueva entrega, los libros que facilitan su lectura interpretativa; incluso Luigi Banco ha publicado con gran éxito editorial un *Diccionario del Péndulo de Foucault*.

Hasta su último aliento vital Eco desplegó su creatividad narrativa y se mantuvo firme en sus principios: en *Número cero* (2015), su última entrega, el relato apunta a la crítica al periodismo dominado por los poderosos, muy en consonancia con la que desplegó contra Berlusconi y su imperio de comunicación y que le llevó a decidir no publicar en el grupo editorial que resultó de la fusión de Mondadori y Rizzoli controlado por *il cavallieri*. Incluso apoyó económicamente la creación de un nuevo sello, *La Nave di Teseo*. Frente a la política, siempre prefirió la libertad a los partidismos.

Mirada crítica y lúcida sobre el presente

Si bien su mundo narrativo prefiere tiempos y épocas remotas, no ha dejado de dirigir su mirada crítica y lúcida sobre el presente. Desde su nacimiento en un pequeño pueblo del Piamonte, Alessandria, como espectador del siglo XX y parte del XXI, no duda en manifestar su perplejidad y hasta su ironía ante el mundo circundante real, siempre para interpretarlo, entender sus razones más allá de las apariencias. Formado en la Galaxia Gutenberg, asistió con insaciable curiosidad a la revolución audiovisual con sus nuevos medios —incluido el cómic por el que sentía devoción— y a la informática y la tecnológica actuales. Desde una especial atalaya de sabiduría lúcida, la comprensión del pasado le permite muchas veces desvelar claves del presente y augurar un futuro no siempre promisorio.

Entre los motivos centrales que más le han preocupado y sobre los que ha dejado contundentes reflexiones: la educación de los jóvenes, las relaciones de poder, el pensamiento único, la decadencia cultural y moral, y la influencia de los medios en la sociedad. Los audiovisuales no le fueron desconocidos, ya que desde joven trabajó en la televisión —en la RAI— y colaboró en muy diversas publicaciones y programas; y fue frecuente su presencia en debates, conferencias y entrevistas radiofónicas y televisivas, como conciencia crítica que sabía asumir su responsabilidad social.

La farándula, la televisión, la banalización mediática servirán de argumento a textos como *El superhombre de masas* (1976), o *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas* (1964), donde analiza la influencia de esta cultura en la configuración de dos actitudes igualmente perniciosas: la de los ‘apocalípticos’, la élite aristocrática, pesimista y crítica que refiere la decadencia cultural masiva; y la de los ‘integrados’, quienes no se cuestionan la naturaleza de ese consumo ni la identidad de quienes lo inducen, por lo que participan sin conciencia crítica del fenómeno, impregnándose de las trazas culturales dominantes. Su reserva frente a las redes sociales se debe a que “dan el derecho de hablar a legiones de idiotas que primero hablaban sólo en el bar después de un vaso de vino, sin dañar a la comunidad”, pero en la actualidad “tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los necios”. También su denuncia es clarividente respecto del peligro que supone la sinergia mediática: “La televisión ha promovido al tonto del pueblo, con respecto al cual el espectador se siente superior. El drama de Internet es que ha promovido al tonto del pueblo al nivel de portador de la verdad”.

Diálogo reflexivo y humanista: preocupación por la ética

Todas estas manifestaciones —y varios ensayos, como *Cinco escritos morales* (1998), *Kant y el ornitorrinco* (1999), *Entre mentira e ironía* (2000)—, responden a una sincera preocupación ética, despojada de dogmatismos empobrecedores. Prueba de este talante, sin duda, es el diálogo epistolar, “un intercambio de reflexiones entre hombres libres”, con el cardenal Martini, que se inició en la revista *Liberal* en 1995: ocho cartas intercambiadas

según el ritmo trimestral de la publicación, que despertó tanto interés que pronto se sumaron otros pensadores y culminó con el libro que lleva por título *¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética en el final del milenio* (1997) y varias reediciones posteriores. En la segunda carta se hace evidente su apertura:

“Si ha de haber diálogo, deberá tener lugar también en las zonas en las que el consenso no exista. Pero esto tampoco basta: que, por ejemplo, un laico no crea en la Presencia real y un católico obviamente sí, no constituye causa de incompreensión, sino de mutuo respeto hacia las respectivas creencias”.

Dicho diálogo incluye los temas que preocupan a ambos: el valor de la vida, la relación del hombre con la naturaleza, el papel de la mujer, el fundamento del bien, la esperanza, etc. El conjunto constituye una lección moral reveladora de su profunda calidad humana. Solo a modo de ejemplo, su reflexión sobre la tolerancia que debe presidir la relación de laicos y religiosos:

“Cuando una autoridad religiosa cualquiera, de una confesión cualquiera, se pronuncia sobre problemas que conciernen a los principios de la ética natural, los laicos deben reconocerle este derecho; pueden estar o no de acuerdo con su posición, pero no tienen razón alguna para negarle el derecho a expresarla, incluso si se manifiesta como crítica al modo de vivir de los no creyentes [...] Como línea de principio, considero que nadie tiene derecho a juzgar las obligaciones que las distintas confesiones imponen a sus fieles”.

No faltan en estas páginas las reflexiones sobre las consecuencias de nuestra falta de conciencia ante lo esencial, por influencia de los medios:

“Estamos viviendo (aunque no sea más que en la medida desatenta a la que nos han acostumbrado los medios de comunicación de masas) nuestros propios terrores del final de los tiempos, y podríamos decir que los vivimos con el espíritu del *bibamus, edarnus, cras moriemur*, al celebrar el crepúsculo

de las ideologías y de la solidaridad en el torbellino de un consumismo irresponsable”.

En la línea del mejor humanismo, en su reconocimiento del papel relevante del cristianismo en la historia, en el pensamiento, en la ciencia, en el arte y en la filosofía, se revela su extraordinaria dimensión como hombre de diálogo entre la razón, la cultura y la fe.

Reconocimiento justo y algún olvido injusto

El reconocimiento a su infatigable labor académica se concretó en casi cuarenta doctorados *honoris causa* de entre otras universidades, las de Lieja, Complutense de Madrid, Tel Aviv, Atenas, Varsovia, Castilla-La Mancha, Libre de Berlín, Sevilla, Burgos, Buenos Aires. Lector incansable de todos los géneros, populares, literarios y científicos, movido por una curiosidad y un afán de saber únicos y, como políglota en diversas lenguas, y profundo conocedor de la mejor literatura en lengua española —con admiración especial por Borges, Cervantes, y el Siglo de Oro—, cuenta con multitud de premios y distinciones por su obra literaria y por toda su trayectoria. En 2000 recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, pero cuando todo hacía suponer que era el prólogo para su muy merecido Nobel, una vez más la Academia Sueca mostró sus limitaciones, como en tantos casos significativos (Borges, Joyce, y tantos otros “olvidos” inexcusables). Eco formó parte del Foro de Sabios de la Mesa del Consejo Ejecutivo de UNESCO, y recibió, entre otras distinciones, la Legión de Honor francesa, la Medalla de Oro al Mérito de la Cultura y el Arte; los premios Strega, Médicis, Bancarella, el del Estado Austriaco para la Literatura Europea; fue Caballero Gran Cruz de la Orden del Mérito de la República Italiana (Roma, 1996), Ordine Pour le Mérite für Wissenschaften und Künste, Comendador del Orden de las Artes y las Letras en Francia. También ha sido miembro honorario de la Asociación James Joyce, de las Academias de Ciencias de Bolonia, Europea de Yuste, Americana de las Artes y las Letras, Real Academia de Bélgica, Polaca de las Artes, *Accademia dei Lincei*, entre otras altas instituciones.

El eco de una voz irrepetible

En el funeral, su nieto adolescente pronunció unas palabras de agradecimiento a su *nonno* que pronto evocaron en el auditorio la carta que Eco le dedicó en *L'Espresso* como síntesis de su pensamiento a propósito de la necesidad de reconocer los riesgos a los que están abocados los *millennials*: «Quiero hablarte de un mal que ha afectado a tu generación e incluso a los chicos mayores que tú, que están en la universidad: la pérdida de la memoria»; porque “somos nuestra memoria, es decir, la memoria es el alma”. Le aconsejaba “utilizar Internet para descubrir las noticias del pasado y aprender de memoria lo que más interesa; el estudio de los hechos históricos sirve para comprender la historia de hoy; conocer lo que sucedió antes de que nacéramos nos ayuda a saber quiénes somos nosotros hoy”.

No es posible resumir una vida tan rica, ni los rasgos de una personalidad vitalista en el mejor sentido de la palabra, de curiosidad infinita, de calidad humana, porque Eco, figura excepcional de lo mejor de la cultura europea, será sin duda irrepetible en muchos sentidos y en diferentes ámbitos. Nos queda, no obstante, su rico legado de ideas, y frente a la desmemoria respecto del pasado, sus novelas nos ofrecen una magnífica ocasión de recuperarlo, a la grupa de su desbordante imaginación. ■

FE DE ERRATAS:

Pedimos disculpas a nuestros lectores por las siguientes erratas en nuestro número anterior (marzo de 2016):

- a) Miguel Herrero de Miñón, “Ciudadanía e identidad”, 211-221.
p. 212: “provocan la voluntad de vivir juntos”.
p. 214: “lo más reciente e incluso alguno”
“Tres son, al decir de quien fue ilustre profesor y académico...”
“condiciona al hablante y libera su estro poético”.
p. 218: “principio pacticio, esencia de la foralidad”.
p. 221: “cuantos más atraiga y a menos repela más viva estará”.
- b) Fátima Uríbarri, “La verdad desnuda”, 273-276.
Pie correcto *Razón y Fe*, 2016, t. 273, n.º 1409 (y no, n.º 1408).